

◆ *Hernán Cortés. Inventor de México*, de Juan Miralles ◆ *La euforia perpetua*, de Pascal Bruckner ◆ *Un café avec Gorrondona*, de Alejandro Rossi ◆ *Recuperación*, de J.M. Suassi ◆ *La clave Morse*, de Federico Campbell ◆

LIBROS

HISTORIA

Nuevo retrato del Marqués



Juan Miralles, *Hernán Cortés. Biografía. Inventor de México*, Tusquets, México / Barcelona, 2001.

Aunque en la solapa de presentación del autor se dice que Juan Miralles editó las crónicas de Cervantes de Salazar y de López de Gómara, su nombre me era desconocido. Cuando apareció su *Hernán Cortés. Biografía. Inventor de México*, en ediciones simultáneas en España y en México, las gacetillas periodísticas contaron que su autor había recorrido a caballo, y en barco, supongo, los itinerarios cortesianos.

Su estilo narrativo es bueno; expone con claridad y eficacia, sin dejarse embarazar por pormenores, recogiendo los datos esenciales y entrecorriendos sólo para enfatizar. La particularidad más notable de esta obra es que sólo se basa en las fuentes primarias y, de ellas, sólo en los cronistas españoles, digamos de Pedro Mártir a Torquemada, y en los documen-

tos relativos; pero pasa por alto a los cronistas indígenas o proindígenas y a los comentaristas antiguos y modernos, digamos de Lorenzana a Hugh Thomas, lo cual limita y parcializa considerablemente la visión del mundo de la Conquista de México. Para Juan Miralles no cuenta la “visión de los vencidos”. Voy a poner dos ejemplos. En el caso de la muerte de la Marcaida, primera mujer de Cortés, y de lo cual se le acusó, Henry R. Wagner propuso esta suposición: por aquellos días, la Malinche dio a luz a Martín, primer hijo varón del conquistador, y éste debió de entusiasmarse con el mesticito, lo cual no pareció gustarle a la esposa española, que probablemente lo recriminó y celó por ello (“Ya te vas a ver a tu india y a tu indito”, o algo por el estilo). Y como la señora no se callaba, exasperado don Hernán le apretó el cuello. No es más que suposición de algo que pudo haber ocurrido así, y que nos ayuda a explicarnos los sucesos. Así lo mencioné en mi *Hernán Cortés* (p. 406), al lado de la versión oficial de un ataque de asma o de “mal de madre”, como entonces se decía, y de las acusaciones insistentes de las criadas que culpaban de asesinato a don Hernán. La otra contribución de un comentarista, que me parece que ayuda a entender una situación, se refiere a los años finales de Cortés, cuando seguía a la corte con la esperanza de que lo recibiera de nuevo el monarca. Es una anécdota que contó Vol-

taire y que recogieron Prescott y Alamán, y dice así: “Un día Cortés, no pudiendo tener audiencia con el emperador, se abrió camino por entre la multitud que rodeaba la carroza del monarca, y subió al estribo; y [...] preguntando Carlos v ‘¿quién era aquel hombre?’, Cortés replicó: ‘El que os ha dado más reinos que ciudades os dejaron vuestros padres.’” (*Essai sur les moeurs*, 1756, cap. 147.)

El nuevo autor sólo menciona a nuestro casi santo cronista Bernal Díaz del Castillo para echarle en cara sus equívocas de fechas —recordemos que Bernal redacta su *Historia verdadera* más de treinta años después de los hechos que narra. Afortunadamente, en la buena “Galería” final de cronistas-fuente lo colma de elogios: lo considera “todo un señor catedrático de retórica”; “su texto es más vivo que las *Relaciones* de Cortés, que la *Historia* del erudito Gómara, o la *Crónica* de Cervantes de Salazar, y si en ocasiones le escapa el fondo, en cambio, resulta valioso en extremo en sus apreciaciones anecdóticas”.

La omisión más grave es la de ahorrarse el juicio de residencia contra Cortés, que se efectuó en 1529, se reabrió en 1534 y 1535 y, sin que se emitiera un veredicto, siguió vigente hasta la muerte del conquistador en 1547. A don Hernán le importaba mucho ese juicio, y cuando, a petición de él mismo, se reabrió en 1534, el acusado presentó a la segunda Audiencia un prolijo

“Interrogatorio general” de 380 preguntas y otro de 42 preguntas respecto a las acusaciones del capítulo secreto. La primera parte, de acusaciones, se conocía gracias a la transcripción de López Rayón en 1852-1853 (*Sumario de la residencia...*). Las réplicas de la defensa se ignoraban. Yo logré encontrar los papeles en el Archivo de Indias, pero, como se extendían en setecientos u ochocientos folios, me limité a pedir copias de las declaraciones de los nueve testigos más notorios, en 383 folios cuyo contenido leí y presenté en *Documentos cortesianos*, sección IV, 2a. parte, y en mi propio libro. Pues bien, don Juan Miralles se contenta con un resumen de media página (467) y con destacar las venenosas acusaciones de Bernardino Vázquez de Tapia en las dos páginas siguientes.

Otras omisiones del Cortés de Miralles son las de la ruta naviera entre Huatulco y El Callao, en el Perú, que inició el extremeño a partir de 1537. Entre México y el Perú el viaje se hacía por el Golfo de México hasta Panamá, luego se cruzaba el estrecho y se volvía a embarcar en el Océano Pacífico. Para evitar este largo rodeo, cuando Francisco Pizarro, cercado por los indios en Lima en 1536, escribió a Cortés pidiéndole auxilio, éste se lo envió generosamente en barcos que salieron de Acapulco. Una de las naves volvió y le dio al conquistador la idea de abrir una ruta naviera para comerciar con el Perú. Como puerto de apoyo eligió Huatulco, buen puerto natural y protegido de los vientos. En Panamá, escala obligada, estableció una agencia comercial, y otra en Lima. Sin embargo, en los primeros años la inexperiencia sólo originó pérdidas. Enviaba harina, bizcochos, azúcar, tocino y quesos que se descomponían. Pero también transportaba pasajeros, caballos y mulas. Y las guerras civiles del Perú fueron otro obstáculo. Los ajustes, ensayos y pérdidas tocaron a Cortés, pero como la ruta era una necesidad, los sucesores del marquesado lograron reorganizar con éxito la empresa naviera. Dos virreyes mexicanos que pasaron después a gobernar en Lima, Antonio de Mendoza en 1551 y Martín Enríquez de Almansa en 1581, viajaron por esta ruta a su nuevo destino. El

primero salió de Huatulco y el último requirió dos barcos para transportar su séquito desde Acapulco.

Durante la expedición a las Hibueras, o a Honduras, en 1525, para hacer justicia contra la infidencia de Olid, Cortés se relacionó con el cacique maya Canec, y refiere Miralles que “Dejó al cuidado de Canec un caballo rosillo que se había lastimado una pata. El cacique prometió cuidarlo. Nunca volvieron por él” (p. 410). De acuerdo: estos fueron los hechos. Pero la historia acepta también un poco de fantasía y humor para adobarla. En principio, Bernal Díaz dice que el caballo lastimado era de color morcillo y el nuevo historiador lo hace rosillo, que no es lo mismo. Pues bien, este incidente dio origen a una divertida sucesión de relatos que fueron completando y enriqueciendo la historia. En ella intervinieron los cronistas del siglo XVII Lizana y Cogolludo, quienes informaron que el caballo murió y fue convertido en estatua y adorado por los indígenas; en el siguiente siglo el cronista Villagutierre cuenta que, cuando el caballo enfermó, los indios le daban de comer gallinas y otras carnes y le ofrecían ramilletes de flores, y añadió que la estatua del caballo era de cal y canto y aun le pusieron por nombre Tziminchac, que en maya quiere decir “caballo del trueno o rayo”. En la época moderna, en 1930, el primer autor que volvió sobre esta historia fue el inglés acriollado en la Argentina Robert B. Cunningham Graham, quien resume las narraciones anteriores. Luego Artemio de Valle-Arizpe, en 1943, vuelve a contar la anécdota y dice a qué soldado pertenecía el caballo, Juan de Ojeda, y añade que tomó la información del *Menologio franciscano* de Vetancurt, en el cual no se menciona a ningún Ojeda ni el caballo. Y en fin: Alfonso Reyes volvió a contar la historia del caballo morcillo de Cortés en su encantador ensayo “Hablemos de caballos”, de 1957. Esta curiosa evolución de la noticia que dio Bernal Díaz, que es también historia, la recogí en una sección de mi *Hernán Cortés* llamada “Recreo con el caballo morcillo de Cortés” (pp. 438-440).

La matanza de Cholula provocó duras censuras contra Cortés, sobre todo la de

Las Casas en su *Brevísima relación*. Le replicó airadamente Bernal Díaz, y al respecto mencionó que había oído decir a Motolinía “que si se pudiera excusar aquel castigo [...] mejor fuera, mas ya que se hizo, que fue bueno para que todos los indios de las provincias de la Nueva España viesan y conociesen que aquellos ídolos y todos los demás son malos y mentirosos” (cap. XXXIII). Y Andrés de Tapia confirmó que sí hubo conspiración de los cholultecas. Miralles no menciona estos pormenores (pp. 152-153).

El fin de la lucha en el sitio de México tiene, en el nuevo libro, un tratamiento escueto (p. 338). Pero era el fin de una gran nación, y el imperio mexicano sucumbió para siempre. Recuérdesse la emocionante página de Bernal Díaz.

Pero me gustan las alusiones que el autor suele hacer de hechos modernos para refrescar los del pasado. Por ejemplo: Pedro Mártir es un “precursor del periodismo moderno, algo así como el corresponsal del Vaticano en España” (p. 39). La táctica de aplastar a los defensores de Tenochtitlan recuerda “la pasada contienda mundial, cuando los rusos coparon en Stalingrado al sexto ejército alemán” (p. 318). La estampida de los soldados españoles en una cortadura de Tlatelolco es “como una escena reminiscente del *Aleksander Nevsky* de Eisenstein” (p. 321). “Las clases altas tienden a aliarse con el invasor (recordemos al duque del Infantado y buena parte de la nobleza en el besamanos de José Bonaparte)” (p. 348). “La Fuente de la Juventud... el Viagra de aquellos días” (p. 604). “Comienza entonces un proceso de confraternización entre cautivo [Moctezuma] y captores [los españoles]. ‘El síndrome de Estocolmo’, se diría hoy día” (p. 184).

Es un acierto destacar la entrega que hace Cortés, en 1529, del gobierno de parte de la ciudad de México a Tlacotzin, antiguo cihuacóatl, a quien nombra su lugarteniente (p. 376). Bien visto el fin del conquistador, su soledad: “Su tiempo había pasado; sobrevivió a su época” (pp. 586-587).

Útil y bien escrita la “Galería de cronistas” que cierra el libro. De ellas: exce-

lentes, las de Pedro Mártir, Oviedo y Bernal Díaz. Buenas, las de Tapia, Motolinía y Zumárraga. Débiles, las de Gómara y Durán. Deficientes, las de Las Casas, Sepúlveda, Cervantes de Salazar y Zorita. Pobre y lamentable, la de Sahagún, y confusa, la de Torquemada.

El segundo subtítulo, *Inventor de México*, sólo confiesa la ideología y parcialidad del autor y su desprecio del mundo indígena, y ni siquiera está justificado en el texto. Es una variante del “creador de la nacionalidad” de Vasconcelos. Basta con llamar a Cortés conquistador, recordando el dicho de Orozco y Berra: “Nuestra admiración para el héroe; nunca nuestro cariño para el conquistador”. —

— JOSÉ LUIS MARTÍNEZ

FILOSOFÍA

LA FELICIDAD BAJO SOSPECHA

Pascal Bruckner, *La euforia perpetua / Sobre el deber de ser feliz*, traducción de Encarna Castrejón, Tusquets, Barcelona, 2001.

La felicidad —y su manifestación puntual, la alegría— no ha tenido, hasta hace algo más de doscientos años, demasiada buena prensa entre los filósofos, quizás porque dicho estado presupone la suspensión, al menos momentánea, del filosofar, siempre que se lo entienda, con Platón, como una actitud que deviene de la carencia. Y no hay mayor carencia que reconocernos mortales. Pero desde el comienzo de la filosofía occidental, ante lo irremediable y lo carente se han dado dos respuestas que se apoyan, no tanto en la naturaleza de sus conclusiones, como en la diversidad del temperamento: la risa o el llanto, emblemáticas en Demócrito y Heráclito. Se dirá que no es lo mismo la felicidad que la alegría, ni ésta que la risa. No son palabras sinónimas, pero, sin entrar en distingos excesivamente retóricos, podemos aceptar que forman parte de una misma lógica.

Si bien a todos nos parece en principio que la felicidad es buena, es ya viejo pensar que el empeño de obtenerla

puede llegar a ser la madre de todos los males. ¿Pero obtener qué? Lo difícil de la felicidad no radica sólo en su aparente (y quizás profunda) gratuidad, sino en la dificultad de transformarla en algo objetivo. Ha sido definida como proyecto político —tras la rehabilitación optimista de la Ilustración— por la Constitución Norteamericana, por la Revolución Francesa, por el socialismo, sin que se lleve jamás a cabo. Es más fácil acabar con la lucha de clases y con el hambre que conseguir, por el mero ejercicio de proponérselo, que una sola persona sea feliz. Y sin embargo, buena parte del siglo xx occidental, y especialmente su segunda mitad, ha manifestado un esfuerzo casi enfermizo en el deseo de ofrecer la felicidad. Y quizás sólo hemos conseguido ser un poco más desgraciados.

Fernando Savater, que ha dedicado páginas muy interesantes a la felicidad y su corolario (la alegría, el placer), se refirió a ella como “suplemento subjetivo”, comprensible como un estado tal de subjetividad que ni lo objetivo (lo ajeno a mí) lo altera ni hay forma de refutarlo lógicamente. Por su parte, el ensayista francés Pascal Bruckner (*La euforia perpetua / Sobre el deber de ser feliz*) propone, no para alcanzarla sino para evitar los males de engolfarse en lograrla, que la consideremos como algo secundario, algo a lo que se llega siempre a propósito de otra cosa. Esto nos recuerda la dificultad de definir el tiempo en sí mismo, empeñado en encarnar en cosas o procesos que no son el tiempo pero en los que el tiempo se manifiesta.

El libro de Bruckner es un ensayo sobre la felicidad en la época moderna, especialmente en el sentido que hemos apuntado: como un síntoma del escamoteo del sufrimiento, de la pena, de la pérdida, en definitiva. En nuestros días lo moral es ser feliz, y la tristeza, la melancolía, el dolor son vistos como síntomas que hay que ocultar. La secularización de nuestras sociedades democráticas nos ha llevado, en este aspecto y según Bruckner, a una alergia creciente ante el sufrimiento. Esta inmanencia de la humanidad en sí misma nos sitúa ante la im-

posibilidad de recurrir a Dios para consolarlos, y, por lo tanto, apunto yo, el sufrimiento se nos manifiesta como algo inútil. También habría que señalar otra dirección que Bruckner no explora: la de la sensación del absurdo (Kafka, Beckett y ciertas tendencias nihilistas). Este ocultamiento del dolor y sus aledaños tiene su reflejo invertido en la ansiedad consumista, sea de cosas o de años, en un denodado afán, no ya de intensidad, sino de duración, de aguante. La exaltación de la salud a toda costa supone vivir la enfermedad como algo con lo que no podemos dialogar ni convivir y, en definitiva, la experimentamos como metáfora de la muerte, no como un suceso y un proceso que nos constituyen.

De sufrir fatalmente (aunque con la *inversión* que significa sentirse culpable y sufrir, o sufrir sin saber por qué, con el apoyo teológico de una causa, sabida o ignorada, que está más allá de la historia) hemos pasado a sacar rédito y a culpabilizar a las instituciones de nuestros males. Sin duda esto ha enriquecido los derechos del ciudadano en los últimos años (también ha enriquecido al gremio de los abogados), especialmente en Estados Unidos, pero corremos el riesgo de convertir el afuera en chivo expiatorio de todos esos males nuestros. De esta forma, no hallamos una explicación, ni para los males ni para la felicidad, y sólo les damos alguna articulación al situarlos en un proceso social de obligaciones y derechos.

Bruckner, como tantos otros autores modernos que han tocado este tema, se pierde un poco por las ramas, y oscila entre el juicio moral —con el que muchas veces estoy de acuerdo— y la fácil especulación de culta sobremesa. Su idea central es que la felicidad es intermitente y secundaria, y que hay que reconciliarse con el dolor, la pena y las enfermedades, no pasivamente, sino como algo que nos ocurre y no va a dejar de ocurrirnos y que, en definitiva, forma parte de nuestro cuerpo y de nuestra experiencia. “El error de Occidente —afirma— durante la segunda mitad del siglo xx ha sido dar a los hombres la insensata esperanza de que

no tardarían en desaparecer todas las calamidades”. Ciertamente, en parte. Hubiera estado bien dedicar un capítulo a los mitos de la medicina moderna, apoyados en un positivismo angustioso: “En el futuro me habría salvado”, se dice confusamente el enfermo, hoy incurable; pero el futuro no es otra cosa que tiempo, sólo que aún no ha llegado. Cuando llega es presente, y entonces está preñado de bienes y males posibles, y, con toda seguridad, contiene la semilla de su propia desaparición.

Otro tema que echo de menos: todos esos signos de ocultación de los huecos, las interrupciones y las máculas, bien analizados generalmente por Pascal Bruckner, suponen una visión del tiempo, y sería necesario analizar con determinación qué formas adopta el tiempo en nuestra conciencia y sensibilidad, y qué significan.

Por último, hay que darle la razón al ensayista francés cuando afirma que, tanto la felicidad como el sufrimiento, no pueden ser ni el fin último ni el fundamento de la acción, y deben subordinarse a la libertad. —

— JUAN MALPARTIDA

NARRATIVA

UN PROSISTA SINGULAR

Alejandro Rossi, *Un café avec Gorrondona*, traducción de Serge Mestre, Gallimard, París, 2001.

El escritor mexicano (y medio venezolano) Alejandro Rossi ha publicado en Francia su segundo libro: *Un café avec Gorrondona*, en versión francesa de su traductor habitual, el impecable Serge Mestre, y en la misma casa editorial, la prestigiada Gallimard. El lector ya familiarizado con la prosa tan singular de Rossi, ha de experimentar una nueva “Fábula de las regiones” —aunque el título escogido para este primer volumen de cuentos fue tomado de uno de ellos: *Pluie de janvier* (Gallimard, 2000). Fábula, en efecto, por estar tan lejos como de la tierra firme novelesca y tan cerca de las are-

nas movedizas de los mitos; y, como lo sabemos ya, “regiones” remite no a un país singular, sino a un mosaico de lejanas ínsulas (como diría Sancho) por descubrir: ¡quién fuera Colón!

En este segundo libro de relatos, todavía más alejado de lo novelesco, el autor sitúa su terreno de investigación literaria entre Paul Valéry y Octavio Paz (el “Salimos del silencio y volvemos al silencio: a la palabra que ha dejado de ser palabra”, del *Nuevo festín de Esopo* viene a ser, en boca de Rossi, alcanzar el silencio a través de la palabra). Y eso que el libro puede leerse también como una reactualización del banquete platónico en el que el Filósofo haría de árbitro entre Sanctus Sócrates y Benedictus Aristóteles (cuando no como una nueva versión de las disquisiciones, tan metafísicas como escuálidas, del Caballero de la Triste Figura con su panzudo escudero).

Los primeros tres relatos, de los ocho que componen el libro, oponen en la palestra literaria al Maestro y su discípulo, bajo la mirada sarcástica de un autor nunca nombrado (y por eso su presencia es tal vez más patente). Entre Gorrondona y Jaime Leñada —cada uno provisto de un nombre más que significativo, superevocador, el primero de su sabihondez apabullante, el segundo de su cursilería aplastante— pasa la corriente electrizante de una inteligencia químicamente pura. El itinerario literario de Leñada, de modo muy sencillo, va de una modestia inicial llena de exigencias, de frustraciones y de nobles ambiciones al éxito abrupto: premio literario, entrevistas y mutación camaleónica del novel en novelista taquillero. O sea, llevado de su *Hoffnung* (“esperanza”) irrisorio, una bajada a la cloaca de las mediocridades mediáticas, tan cotizada hoy día que —Rossi lo ve y lo presenta muy bien— el Autor no se puede decir escritor si no sale por la pantalla o por las ondas radiocacofónicas. Frente a él, el paradójico Gorrondona nos hace pensar, de paso, en el magistral Silvestre Paradox de Pío Baroja. Entre los dos, el discurso elocuente tiene más de fuego de artificio que de chispa iluminadora. ¿Qué es la Metafi-

OTROS LIBROS DEL MES

JAIME MORENO VILLARREAL,

El vendedor de viajes, Tusquets, México, 2001.



La claridad apenas es notoria como voluntad de estilo. Eso siempre se agradece. La prosa de Moreno Villarreal es exponente de esa virtud: cada uno de los cuentos de este libro se desenvuelve con la gracia y naturalidad de una conversación, pero atrás se agazapa un mundo raro inscrito en las estrictas fronteras de la literatura. Uno se pregunta, como lector, a qué ámbito pertenece. La respuesta también se agazapa en las páginas de este volumen. —

MARGO GLANTZ (COORDINADORA),

La Malinche, sus padres y sus hijos, Taurus, México, 2001.



Este libro es la memoria, corregida y aumentada, de un coloquio con el mismo nombre que tuvo lugar en la UNAM en 1992.

La figura de la Malinche siempre deja puertas abiertas para hacerle nuevas visitas. En esta ocasión, la visita reúne a quince especialistas dedicados a analizar al personaje histórico, a sus contemporáneos y a sus hijos, es decir, a sus lectores e intérpretes. —

sica? Un sueño de monjes. Cervantes, más irónico, supo definirla como un efecto matemático del hambre canina. Cuando, impertérrito, el joven Leñada intenta una definición de mayor alcance: una ordenación de las perplejidades (se piensa en la famosa *Guía de perplejos*, del aristotélico-arábigo-hebraico filósofo español Moisés Maimónides), el otro, furibundo censor, le destruye las ilusiones tratándolas de ontologismo de pacotilla. Así se entiende mejor la cara siempre triste de Leñada y, como corolario, la sonrisa irónica de Rossi. Conforme con su histeria paradójica, el crítico de alta frente, de cráneo hidrocefalo, de bilis abundante, lanza una proposición estética a contracorriente de la novela contemporánea: todos los escritores acaban vomitando su infancia, es una cuestión de tiempo. Entre líneas, se entiende que un Marcel Proust, para citar a alguien representativo de infancia y tiempo, ya deja de ser modelo aceptable para el Gorrondona ese. Hay que entender, claro, que la infancia en sí, por apasionante que sea, no suele suscitar la escritura, sino todo lo contrario: es la escritura y sólo ella la que puede crear o recrear la propia infancia. En el mismo ambiente, podrá declarar con acierto que la sinceridad es la fuente literaria más emponzoñada: una verdad que no habría rechazado en Francia un André Gide (*C'est avec les beaux sentiments qu'on fait de la mauvaise littérature*), hubiera deletreado Lafcadio en impecable francés). Finalmente la inteligencia tan prometedor de Leñada desembocará en la feria de las vanidades que hoy día tiene su lugar y centro en Francfort. ¡Y pensar que Valéry quería *matar a la marioneta!*

Los textos que siguen al duelo literario del maestro y de su discípulo malogrado, se alejan tanto más del hilo novelesco cuanto que se adentran en el magma cerebral. Entre el *Señor Teste*, de Paul Valéry, y *El Señor Sueño*, de Robert Pinget, Alejandro Rossi construye, precisamente, el universo de las marionetas que, sin embargo, tienen cerebro: universo cotidiano de los gestos rutinarios, múltiples manías, pensamientos desengañosos o conformistas sobre la naturaleza humana. Y so-

bre todo, las célebres contradicciones: ¿cómo reclamar revelaciones y no aceptar la teología?, ¿cómo adherirse a un mundo—el universo del Gran Mecánico—que huye, fluye y se desmorona (*“Allez, tout fuit, la matière est poreuse”*, se lamentaba el poeta galo en su *Cementerio marino*), en el que todo puede volar, explotar, destruirse en menos de lo que canta un gallo? (Desde este punto de vista, el libro de Rossi puede leerse también como una cruel profecía).

En resumidas cuentas, al final de su largo, brillante y precioso monólogo, tan próximo, a veces, al famoso soliloquio del *Neveu de Rameau*, de nuestro Diderot—otro *esprit fort*—, Alejandro Rossi dice, por cierto, encuentra aquí su voz, pudiera exclamar a su vez, como un nuevo *Señor Teste*: *“La bêtise n'est pas mon fort!”* (*“La necesidad no es mi punto fuerte”*). —

— ALBERT BENSOUSSAN

NARRATIVA

PERIPLLO DE RECUPERACIONES

J. M. Suassi, *Recuperación*, El Acanalado, Barcelona, 108 pp.

Uno de los rasgos distintivos de la nueva narrativa española más renovadora a partir de la década de los ochenta es que la clásica acción de los personajes, en obras cuyo desarrollo es esencialmente argumental, viene sustituida por la actividad verbal, la mental o por ambas, y que esta actividad va acompañada de un recorrido o una serie de desplazamientos. Así ocurre en el verbo incesante de las novelas de Pombo, en el pensamiento incesante de las novelas de Marías, en los desplazamientos muchas veces más imaginarios que reales de las novelas de Vila-Matas, en los impasibles recorridos en coche de las novelas de Riera de Leyva.

En estos y otros escritores la realidad exterior estimula y al mismo tiempo es interpretada continuamente. Es fácil identificar al narrador con el protagonista. Las meticulosas descripciones se hacen innecesarias y lo que cuentan son los

detalles ocultos, que revelan tanto como confunden.

Recuperación es un título que simultáneamente confunde y revela, puesto que en realidad, o en el plano aparente de la realidad, se trata de un verdadero periplo de recuperaciones. El narrador, Renart, perdió a su padre cuando era muy pequeño, por lo que es poco lo que puede recordar de él. Su madre era muy rica, gracias a la fortuna amasada por su padre, pero la dilapidó y, a su muerte, Renart entró en el periodo más adverso de su vida, en el que tuvo que abandonar sus estudios de medicina para trabajar de enterrador en un cementerio, de manobre, de pinche de cocina, “e incluso intenté lo de gigoló con una mujer que tenía la nariz y el coño de macaco”, y tuvo que vender la casa con los muebles y objetos.

A la perturbación provocada por la realidad (orfandad y pobreza) se añade una perturbación sentimental: la culpa por haber vendido los muebles. Por suerte, una decisión del autor de la novela cambia su destino: Renart gana la lotería y se vuelve millonario. Su primera decisión es recuperar cuanto antes los muebles y objetos malvendidos al anticuario Vinicius Scarpetta, quien a su vez los ha vendido a distintos compradores. Esto obliga a Renart a desplazarse a distintos rincones de la geografía europea para intentar recuperarlos. Se inicia así una verdadera aventura que nos lleva a presenciar las situaciones más absurdas y a conocer a los personajes más extravagantes.

Con este argumento la narración sólo podría desarrollarse como una novela de aventuras y así se desarrolla. Sin embargo, está llena de pistas, unas falsas y otras verdaderas, que dan una dimensión mucho más inquietante y una visión de nuestra sociedad contemporánea. La clave central es que las cosas no están ocurriendo sino que han ocurrido ya y el narrador las está pensando. “Los restaurantes me ayudaban a recordar acontecimientos de mi vida”. Y es así como podemos presenciar su actividad mental. Varias frases de la madre han de marcarle y determinar su búsqueda: la de que cuando su padre murió él tenía escasos e insignificantes

años y que, por lo tanto, no significó nada para su padre, quien parrandeó toda su existencia de un lugar a otro sin lograr nada en claro. Desde que murió su madre, no pudo librarse de la “enfermedad mental” que le provocan estas dos frases, a la que hay que añadir una tercera: “no hay seres excepcionales, sólo cosas excepcionales”. Es así como decide “buscar los revulsivos necesarios para seguir existiendo sin desquiciarse” y recuperar su significancia, así como la relación significativa con sus padres. El periplo de recuperaciones llevará pues a una recuperación, de ahí la contradictoria exactitud del título en singular.

Al lector no se le escapan las referencias más o menos sutiles a la época. Esta no es una novela ideológica pero sí una novela que revela las aberraciones sociales, políticas e ideológicas de un siglo. Los distintos personajes son algo y también representan algo. El abuelo de Renart amasó su fortuna con el estraperlo en los años de penuria posfranquista, y el rico empresario mallorquín Joan Massot fue alcalde durante el franquismo. Por el contrario, otros personajes le revelan su cercanía al pensamiento pitagórico, a la dualidad de Pascal, a Braque o a Kafka.

Una narración divertida, llena de sorpresas, que está cargada de sutiles sugerencias. El lector camina asimismo por una serie de pistas explícitas, frases subrayadas que marcan un ritmo de lectura y una cadena de significaciones. De J. M. Suassi sólo sabemos que este no es su nombre real, que nació en la mallorquina Manacor en 1965 y que es un conocido fotógrafo. Es suficiente. La novela habla por su cuenta. —

— JUAN ANTONIO MASOLIVER RÓDENAS

NARRATIVA

MEMORIA VACÍA

Federico Campbell, *La clave Morse*, Alfaguara, México, 2001.

La mayoría de los escritores tienen una doble, triple o múltiple condición de acuerdo con los géneros o temas que

abordan, pero en el caso de Federico Campbell la doble condición de periodista y escritor es muy clara. No se trata de que exista una oposición entre ambos oficios, pero también es cierto que en algunos casos —como en el suyo— se plantea una dicotomía entre el trabajo de dar voz a una realidad sin interferencia y el de dejar volar la imaginación creativa. De hecho Campbell escribió una de sus obras más ambiciosas teniendo justamente como temática la vida del periodista en la novela *Pretextos* y ha manifestado su admiración por escritores que han hecho del periodismo una obra de arte, como García Márquez y Leonardo Sciascia (a este último dedicó un libro: *La memoria de Sciascia*).

Es desde antes del trabajo sobre el novelista italiano que la memoria se vuelve un núcleo fundamental en lo que Campbell escribe. Mantener esta dualidad no siempre es fácil y con frecuencia le reprochamos al escritor que sacrifique su libertad narrativa en aras de la precisión de algunos datos históricos o circunstancias coyunturales, o que sacrifique la precisión propia de una crónica o un reportaje por la tentación de novelar o especular sobre un protagonista que convierte en personaje. La diferencia entre testificar y recordar puede ser en esto esencial.

En *La clave Morse* estas tentaciones estuvieron presentes y fueron bien resueltas por el autor. Además debemos considerar que contaba con una dificultad adicional: reconstruir a través de la entrevista y de la memoria vacía una atmósfera familiar y un tiempo en un lugar de la infancia y la adolescencia. Sobre este punto el autor nos dice en su libro: “Lo que siento es que sólo hasta cierta edad, y ésta puede ser madura, vive uno con el fantasma del padre a todas horas. Después uno se lo inventa, si fue escaso, y se lo guarda en lo más hondo. Deja uno que lo habite y sigue caminando olvidándolo, como una segunda naturaleza que no hay por qué comentar con nadie. No se habla de eso”.

El recuerdo que no poseemos hay que fabricarlo y para este proceso el autor acude a entrevistar a otros y a sí mismo, y nos

**AUNQUE NO
LO CREAS, YO SÍ ESTOY
ACTUALIZADO**

**Ya tengo mi
Credencial para
Votar, con mi nueva
dirección.**

Fui de volada, me tomaron la foto
y al poco tiempo mi credencial
ya estaba lista.

Recuerda, no tienes que dejar
tu credencial hasta que te den
la nueva.

**Tu Credencial para Votar
es la llave de la democracia.**



Ubica tu módulo, llama gratis a
IFETEL 01 800 4 1 3 3 2000

www.ife.org.mx



enseña su destreza en el género. Maneja al menos tres niveles que, más allá de su apariencia formal, tienen un sentido profundo en la trama. Un primer nivel que responde a una transcripción testimonial, que entrega la voz tal cual en su expresión más directa. El protagonista entrevista a Cecilio y dice: “Me gustaba la manera de hablar del anciano y sentí cómo la tinta corría sobre el papel [...] transcribir todo lo que me decían, con puntos y comas, reiteraciones, cualquier sonido gutural, antes de ponerme a redactar”. Como él mismo señala, estos sonidos guturales le dan la atmósfera y los personajes, las ideas y las tramas anecdóticas. Es como si la sonoridad de la voz fuera el elemento en que esa cercanía testimonial surge para la literatura.

Un segundo nivel sería aquel en el cual el entrevistado se le impone al entrevistador para regalarle sus propios recuerdos, ya que el protagonista ha sostenido durante toda su vida que posee una me-

moría vacía. Sin embargo la memoria de ella, la hermana, no coincide con las exigencias de esa desmemoria, la mirada ajena se muestra cargada de reproches, de resentimientos, y aquella otra memoria no quiere verse contaminada por ese rencor. La honestidad del periodista se transforma en la honestidad del escritor y permite, a pesar suyo, que esa memoria, que será y no será la suya, pueble las páginas de la novela dejando así vivir al testimonio del amor y el resentimiento, acto de generosidad paralelo a su anulación en el nivel anterior.

Los dos niveles anteriores permiten al protagonista ocultarse en el recuerdo de los otros, pero a la vez lo obligan a preguntarse por su memoria vacía y a crear la intensidad de la novela contagiando de ella a todos los diálogos. Es como un rompecabezas que está obligado a armar a partir de detalles insignificantes pero que le dan el tono de los conflictos familiares, de la frustración, del fracaso, de la

pobreza, desde un temple de ternura realmente sorprendente y sin el menor asomo de cursilería o melodrama.

Es esta intensidad la que permite que en la trama exista un reconocimiento, tanto del escritor como del lector. La historia de ninguno pasa a ser de todos. La memoria se dice vacía porque quiere recordar con cariño, sin importar su veracidad; importa lo entrañable, lo que ofrendará una paz interior al protagonista. En este nivel de entrevista la elaboración es ya muy grande, de notable escritura.

Así como a Campbell no le importó la veracidad de los testimonios ofrendados en aras de una verosimilitud interior, gracias a su maestría como escritor leeremos este libro como una novela, olvidándonos de leerlo como una autobiografía. El autor escribió esta historia, la aceptó como tal en la letra impresa. Ya es tan nuestra como suya o, más bien, él ya es parte de un nosotros. —

— ANA MARÍA JARAMILLO

I/2
IMSS